

Una depurada técnica, morbidez y poesía en la última obra de Tennessee Williams

Desde Nueva York, por Sergio Vodanovic

Después de oír, ver y leer decenas de obras norteamericanas escritas por jóvenes que aspiran de llegar a Broadway y en las que está indeleblemente presente la influencia de Tennessee Williams, he acudido a un relativamente pequeño teatro (299 butacas) lejos del centro de la ciudad, para conocer el producto original. A Williams hay que verlo en los Estados Unidos, interpretado por actores norteamericanos y en medio de un público que es el de él.

Williams ha explicado la producción de su última obra en un teatro "off Broadway" diciendo: "No quiero atacar al público de Broadway, pero él me dió la sensación cuando se representó en la temporada pasada "Orfeo Descendiendo" (Fue un fracaso) que me estaba convirtiendo en un maniaco homicida, si no algo peor. Posiblemen-

te, exagere las reacciones del público, sin embargo sigo estando un tanto asustado. Siempre estoy en problemas con personas que están atacando mis obras por razones que nada tienen que ver con la calidad de ellas. Algunas de mis obras, se han resentido por reacciones basadas en la ética o en una moral convencional e impuesta".

Huyendo, pues de este público de Broadway que a veces —según el decir del autor— lo ha rechazado exclusivamente por un afán moralizante, Williams instaló su última pieza en un teatro pequeño y alejado del centro de la ciudad.

El éxito ha sido enorme. Para muchos "Súbitamente el Último Verano" es una de las piezas más interesante de Tennessee Williams.

Su tema se encuentra envuelto en la misma morbida telaraña que caracteriza la mayoría de sus obras. La obra gira en torno a un personaje que ha muerto el último verano. Su nombre es Sebastián y cuando un médico le pregunta a su madre por su oficio, ésta responde: "Vivir era su oficio". Sebastián es un persona delicada y que mantiene una no corriente amistad con su madre. Ella lo llama poeta. Todos los veranos escribía "un poema". Desde los 15 años, ha recolectado 25 poemas. A los 40 su madre, con orgullo, dice que era casto. El último verano, ella no lo acompañó a su viaje anual. Lo hizo en cambio, su prima. Ese verano murió. Los detalles que la prima cuenta de su muerte tienen carácter escandaloso e increíble, tanto que ella ha sido recluida en una clínica mental con un serio shock nervioso.

La obra se desarrolla en el jardín de la casa de Sebastián, donde la madre se enfrentará con su sobrina para obligarla a cambiar su versión de la muerte de su hijo.

Con pocos elementos, Williams mantiene una incesante tensión en el espectador. El retrato de la madre que ha perdido en Sebastián más que a un hijo, un compañero irremplazable, es seguido por la presencia de la prima que acompañó el último verano a Sebastián, mostrando su patológica personalidad. Cada diálogo se va enhebrando con belleza y patetismo, hasta la escena final en que la prima, bajo los efectos de un suero de la verdad, cuenta los últimos días de Sebastián.

Con estilo económico, obteniendo poesía de las palabras más insignificantes, entreabriendo al público con sus finos trazos el mundo interior de sus personajes, Williams muestra su técnica a la vez que su arte. Consigue —como lo ha conseguido otras veces— horror y belleza, repugnancia y lirismo. La obra se ve con tensión y no es posible distraerse de la terrible historia que al principio se nos anuncia contará la prima y que luego, ella relata.

Pero todo este mundo de fantasía, tensión y poesía se desmorona inmediatamente después que cae el telón. Nada queda en el espectador, sino un senti-

Es Tennessee Williams en su salsa.

En "York Playhouse" se exhibe su última obra —un acto largo— llamada "Súbitamente el Último Verano". El programa se completa con un diálogo que ha sido publicado en la colección de las obras en un acto de Williams pero que por primera vez, se representa por una compañía profesional en Nueva York: "Something Unspoken" (Algo no dicho).

miento de frustración, sentimiento de que el autor ha jugado con él, sin darle en cambio nada. La belleza y poesía que se advertía en el transcurso de la obra se desvanece como algo circunstancial y sin valor y los morbidos pasajes, carecen de la intensidad como para acompañarnos más allá del término de la función.

La magia de Williams desaparece con la misma facilidad que la creara. ¿Que ha sucedido? Simplemente que la obra pretende ser simbólica —el mismo Williams así lo ha expresado— y que en ese Sebastián se

tender cualquiera representación.

Fracasando el símbolo, "Súbitamente el Último Verano" queda simplemente como una pieza de depurada técnica, un juego precioso en que la poesía y la morbidez se entrelazan, pero que, como todo juego, no logra sobrevivir al momento de su ejecución.

Fue Chejov el que, primero, logró convertir en poesía los fracasos, las miserias, la neurosis de su personaje. Por esta senda han seguido muchos autores. Tennessee Williams, con su extraordinaria personalidad, es un producto chejoviano en que todas las notas y todos los matices han sido llevados a un extremo.

Después de él, podría pensarse que el camino chejoviano está agotado. No parece posible ir más allá de Williams. Quedarse más acá de él y más cerca de Chejov, es un retroceso. Los jóvenes autores norteamericanos que pretenden llegar a Broadway bajo la influencia de Williams me temo que estén recorriendo un camino que ya ha llegado a su fin.



TENNESSEE WILLIAMS

encuentra el símbolo del hombre que es muerto por los propios hombres, comido y mastocado por sus propias mandíbulas como un holocausto a un "horrible Dios". Tan pesimista visión de la humanidad o de la lucha del individuo por sobrevivir en una civilización que cada día se olvida más de él, no puede prosperar cuando el símbolo en sí es detestable. La visión que de Sebastián se tiene no es ni simpática, ni noble, por el contrario él, a través de las palabras de amor de su madre y de cariño de su prima, se nos aparece como un ser carente de atributos como para pre-